

El escenario de la gestión social y las alternativas del Trabajo Social

Juan Contreras Sepúlveda

PRESENTACION:

La situación del trabajo social latinoamericano, especialmente durante los últimos cinco años, ha experimentado una mayor situación de indefinición de lo que normalmente ha sido su constante. Esta situación se ha visto incrementada por dos factores que han tipificado el escenario no sólo latinoamericano sino mundial. Uno de ellos ha sido la crisis de los paradigmas y, de otro lado, la irrupción de un modelo que plantea exigencias en términos de estándares de calidad, eficiencia y eficacia, traducido en la presencia de metodologías como la gerencia social y sus diversas vertientes. Estos dos factores están enmarcados en un escenario donde lo que prima es incertidumbre y la inestabilidad generadora de una dinámica de respuesta de intervención profesional que se centra en la necesidad de identificar alternativas que le permitan operar bien, hacer bien las cosas, responder eficazmente a las exigencias del mercado aunque hacia donde nos orientamos no tengan por ahora, mayor relevancia.

Esta ponencia tiene, entonces, por propósito reflexionar sobre este estado de situación porque entendemos como CELATS que es absolutamente necesario descubrir nuevas pistas que nos proporcionan elementos de juicio suficientes para encarar los desafíos de los nuevos escenarios sociales, especialmente en el contexto latinoamericano.

Hemos ordenado la ponencia con base en tres bloques de reflexión que nos permitirán ordenar la discusión, entendiendo que ésta tiene como propósito generar líneas de análisis que encaucen el desarrollo de un nuevo trabajo social que, en nuestra concepción, debe ser redefinido con urgencia.

Los bloques de reflexión son los siguientes:

- a) El porque de la crisis en Trabajo Social
- b) El escenario de la gestión social
- c) Las demandas de la gestión social en Trabajo Social

CONTENIDO

2.1 El porque de la crisis en Trabajo Social

a) En primer lugar asumimos que la crisis no es actual, ni producto de la aparición de los nuevos escenarios o de las consecuencias atribuidas a la crisis de los paradigmas. En verdad la crisis hay que entenderla dentro de las propuestas de formación profesional que sobre dimensionaron la capacidad interpretativa y metodológica de la profesión basado en el manejo de categorías de análisis de alcance global a tal punto que se produjo una grave fractura entre la naturaleza del discurso y la práctica cotidiana de los trabajadores sociales. Estos se vieron enfrentados a una imposibilidad de comprender, con su racionalidad formativa, la lógica del desarrollo humano, de sus características relaciones de intersubjetividad y de sus tipificadas de vinculación con lo macro.

El eje de sustentación de la fractura se sitúa, por lo tanto, en el proceso formativo. Muy heterogéneo dentro de los diversos países de la región ha mostrado una histórica debilidad e inconsistencia para plasmar una propuesta que logre armonizar pragmatismo con una adecuada flexibilidad conceptual. La flexibilidad conceptual, es decir, el no temer a las innovaciones interpretativas, jugar con la imaginación, supone, por ello mismo, romper con las concepciones del Estado, el rol que debe jugar en la economía y en la sociedad como conjunto; involucra el modo de interrelación que se establece con la sociedad civil y sus diversas expresiones intersubjetivas, de lo cotidiano y el fortalecimiento de la democracia. El logro de esta flexibilidad aún no es posible y la prueba de ello la tenemos en las estructuras formativas, en primer lugar y, como corolario, en los diversos espacios de la interacción profesional.

La explicación a lo anterior reposa en parte, en la notable influencia que generaron las proposiciones deterministas y globalizantes que sellaron, bloquearon posibilidades de un desarrollo de mayor previsión tanto de tipo teórico como metodológico. No se pudo transitar, establecer puentes entre la naturaleza de los presupuestos conceptuales y los espacios de nuestra intervención profesional. En general, las posiciones deterministas han afectado notablemente la capacidad de una reflexión pausada y de mayor capacidad de comprensión del entorno donde se sitúan, por ejemplo, las políticas sociales optándose por una alternativa que las conceptualiza como parte del proyecto de dominación del Estado, de tal forma que son abruptamente separadas, v.gr., de las iniciativas que surgen desde los actores populares y de la impronta de democratización que este tipo de iniciativas conllevan. El no reconocer o la incapacidad para asumir una nueva perspectiva de análisis termina por desarrollar una propuesta reduccionista del rol y la concepción de las políticas sociales en los nuevos escenarios, desconocimiento enfoques que den cuenta de las exigencias que requiere un modelo alternativo que busque reivindicar al hombre, al ciudadano; que logre incorporar la reestructuración del Estado como descentralización y los procesos de democratización desde las relaciones intersubjetivas, donde se reelabora el sentido común. La carencia de esta base de análisis, en donde el reconocimiento a las incertidumbres también debe ser objeto de preocupación, ha castrado a los profesionales de un espacio necesario para entender que esta alternativa no pasa necesariamente, y ni siquiera es así, por encontrar soluciones de mayor nivel de eficiencia y eficacia en la ejecución de las políticas sociales, o que lo particular sea el punto a partir de lo cual pretender ordenar todo el sistema, lo general, sino de cooperar en el esfuerzo de trascender desde lo cotidiano hacia lo social como conjunto, lo cual exige la construcción de una intención que le dé coherencia y organicidad.

b) Un segundo elemento de análisis nos sitúa en la perspectiva de comprender la situación del Trabajo Social en el contexto de lo que se ha denominado la crisis paradigmática y que ha significado para la profesión, tan adicta a asumir con mucha facilidad diversas proposiciones explicativas, entrar en un franco proceso de indefinición.

La crisis de los paradigmas ha sido de mucha utilidad para los trabajadores sociales en la medida que les ha permitido salir de modelos explicativos globales en donde la intención por categorizar lo particular resulta infecundo, conceptualmente hablando. Al entrar en crisis los modelos teóricos en especial aquellos de alcance global queda, como primer opción, la necesidad de un reconocimiento de lo que somos y de lo que poseemos como bagaje intelectual de nuestras experiencias particulares y como colectivo, en medio de un escenario tipificado por un notable entorno de incertidumbre. Este reconocerse es un primer paso en el sentido de aprender a valorar nuestra tradición social y volver la

mirada a nuestros aportes no con el ánimo de rescatar lo pasado y quedarnos en él sino como una mirada en una perspectiva de futuro. Se trata, en fin de cuentas, de enfrentar aspectos que tocan cuestiones de orden ontológico como epistemológico, así como la necesidad de avanzar en el redescubrimiento de fines y medios y sus formas de articulación, sobre todo considerando que la perspectiva actual plantea la demanda clara de "ofrecer procedimientos válidos para la acción" (Boisier, 1994). Hoy en día asistimos a una fuerte exigencia por resultados, por especializaciones y por encarar el desarrollo como fuerza de sinergias en donde deben concluir diversos actores sociales que solemos resumir en el concepto sociedad civil-estado y cuyo objetivo se vincula al logro de la equidad social, concepto caro frente a las irregularidades del modelo neoliberal y sus impactos en lo social. En este sentido los roles de lo subjetivo es revalorizado en cuanto es el reconocimiento a una experiencia particular irrepitable constituyendo, al mismo tiempo, el reconocimiento, también, de procesos que desplazaron lo particular bajo la supremacía de lo colectivo; la sociedad ha puesto de relieve que lo particular no necesariamente es una manifestación o efecto de los procesos globales.

En el entorno de la crisis paradigmática enfrentamos una situación de traición que se caracteriza más por descubrir que por denunciar. Morín (1991) señala que ..."el mundo se ha convertido en un lugar muchísimo más complejo que en el pasado. y esa complejidad, difícil de encarar, ha bajado totalmente los niveles de predictibilidad y todas las posibilidades positivas y negativas están abiertas". La incertidumbre es todavía más toda vez que está plagada de impurezas y de residuos de concepciones anteriores que impiden, por el momento, acceder a la estructuración -como un nuevo paradigma- del nuevo saber, puesto que lo antiguo tiende a convivir con lo nuevo; así el concepto gramsciano de "bloque histórico" adquiere mayor significación en tanto refiere a la construcción de una nueva hegemonía.

c) La crisis en nuestra profesión ha remarcado una fuerte tendencia en el eclecticismo en la medida que hay fuerzas que presionan por un mayor nivel de efectividad de las acciones profesionales y, por lo mismo, buscan el desarrollo de nuevas o renovadas metodologías. Esto es necesario y constituye parte de la demanda históricamente insatisfecha por trabajo social, pero ello mismo también plantea la discusión en torno a lo que Pinho de Carvalho llama la polémica metodológica, esto es, la necesidad de entender que la crisis de la razón se puede manifestar a través de dos alternativas metodológicas en tanto no exista una crítica coherente que conduzca hacia una nueva teoría social. La justificación (comprensión) a aquellas alternativas estaría dada en tanto se asume que la razón como tal está en crisis.

Dado el comportamiento del trabajador social y el marco de incertidumbre que le rodea especialmente por la constatación de la crisis paradigmática es de preveer, entonces, tal actitud de eclecticismo puesto que sus elementos referenciales aparecen desdibujados, sin contornos definidos; así el refugio en la especialización de metodologías les dota de una alternativa sin definición conceptual, pero alternativa al fin y al cabo. Todo ello es comprensible porque su presencia responde, en cierta medida, a la polémica metodológica y a la búsqueda de procedimientos válidos para la acción. La polémica debe ser planteada, sin embargo, cuando se constata una tendencia que se inhibe de interpretaciones contextuales y desconoce la incidencia del marco teórico en la lectura que se hace de la realidad.

2.2 Las demandas de la gestión social

La gestión social adquiere una nueva dimensión sólo si busca concretizarse en un sistema de bienestar

social que apunte a una articulación y fortalecimiento de las acciones públicas y privadas, solidarias y las no lucrativas en una propuesta modernizante y democrática cuya construcción (en tanto democracia) sea producto de la reproducción de los hombres particulares. Trascender de lo cotidiano hacia lo no cotidiano y cristalizarlo en formas organizativas superiores que exprese la nueva hegemonía, constituye el marco o el requerimiento indispensable de la perspectiva de la gestión social así concebida.

Gestionar lo social implica, por lo tanto, concertar las distintas propuestas que surgen de diversos sectores sociales, articularlos y dimensionarlos en un proyecto de conjunto que exprese la riqueza de contenidos y las potencialidades de las bases sociales heterogéneas y particulares desde donde han surgido. La gestión social dota de un norte al sistema de bienestar social que es la superación de la dicotomía de lo público y lo privado, incorporando la discusión en torno a la toma de decisiones, participación y descentralización.

En esta perspectiva es menester trascender hacia lo general. Ver la forma como lo cotidiano influye en el conjunto de la sociedad. En este sentido es necesario impulsar procesos que busquen nuevas inserciones sociales para segmentos enfrentados a problemáticas relativamente comunes y que buscan una representatividad en el conjunto de la sociedad civil. Estas manifestaciones de poder son las que, en conjunto, pueden modificar el patrón de negociaciones sociales y sobrepasan, con mucho, una perspectiva voluntarista. Se trata, en todo caso, de tomar aquello que es rescatable, en términos de aportes de la gestión social y asociarlo a la construcción de una nueva hegemonía que presupone no descuidar, por parte del trabajo social, la identificación de aquello que fortalezca el movimiento popular y sus diversas manifestaciones de nuevas formas de pensar y de obrar.

En este sentido es importante no perder de vista que lo particular no quede subsumido en lo colectivo. Por lo contrario, rescatar el código y la lógica inédita de lo particular en tanto "sujeto". La gestión social adquiere así una dimensión alternativa sólo si incorpora este aspecto analítico que permitirá evitar el avasallamiento de la eficiencia con lo particular de las personas, con aquella vida cotidiana que conocen.

2.3 Las demandas de la gestión social en Trabajo Social

Conceptualizada así la gestión social, las demandas para la profesión no son pocas. Procuraremos perfilar las más importantes considerando el entorno, los requerimientos formativos y la intervención profesional.

a) El entorno de la gestión social

Entendemos que Trabajo Social deberá realizar un esfuerzo altamente significativo para estar preparado frente a los nuevos escenarios. La redefinición significará revocar postulados que durante décadas conformaron los pilares formativos de todos y cada uno de los países donde la profesión se ha desarrollado. Sin embargo existe una compleja heterogeneidad que hace aún más difícil encarar la redefinición; parte de ella se vincula -muchas veces- a las propias exigencias estructurales o coyunturales del contexto nacional, a concepciones que un reclaman mayor contenido ideológico o enmarcadas en definiciones conceptuales que moldean las realidades en opciones dicotómicas.

El entorno nos muestra que se asiste a un modelo de desarrollo basado, en otros aspectos, en la

restricción del ámbito de intervención del Estado en lo "social". Esta constatación expresa como consecuencia un mayor espacio de la sociedad civil que tradicionalmente se había mantenido estrechamente vinculada a la dirección ideológica del Estado, sin desconocer el rol que ha jugado también la iglesia, los sistemas educativos privados y las diversas institucionalizaciones por donde discurre la tradicional formación de los consensos. El reconocimiento de una mayor posibilidad de influir en la conformación de los consensos por parte de la sociedad civil nos mueve en la necesidad de articular respuestas adecuadas a las nuevas demandas traducidas, entre otros componentes, en la búsqueda de alternativas de mayor injerencia del Trabajo Social en el ámbito de la gestión social de las políticas sociales.

Trabajo Social debe perfilar sus potencialidades de intervención en la gestión de las políticas sociales teniendo claro que el costo social del modelo neo-liberal es y seguirá siendo asumido por la propia población mediante la adopción de diversas estrategias en tanto el Estado optará por seguir replegándose o reducir aún más su rol adoptando medidas que busquen relativizar los significativos costos sociales de los programas de ajuste.

Las alternativas de apoyo más significativas a lo social seguirán siendo, por lo tanto, un campo casi exclusivo de la Iglesia, los ONG, cooperación internacional y los esfuerzos de las agrupaciones populares aún cuando la magnitud de las demandas sociales serán superiores a estos esfuerzos considerando el sustantivo incremento de la pobreza en nuestros países.

Desde el punto de vista del desarrollo probable de la naturaleza del Estado es de esperar que éste estaría entrando a un proceso denominado de post-modernidad lo que supone avanzar significativamente en los componentes de tecnología, democratización y calidad de la fuerza de trabajo. En este sentido, se requerirá avanzar no solo en la construcción de las bases políticas, de gestión, de concertación y de definición de una estrategia que permita perfilar los alcances de este nuevo Estado sino, y de manera prioritaria, centrar el interés en las condiciones y en la calidad de vida lo que significa dar prioridad a la superación de desequilibrio que éstas presentan. Esto canaliza la opinión de expertos y de organismos internacionales y mundiales hacia el capital humano acuñando conceptos como la socioeconomía y el consenso de que el mercado no tiene entre sus virtudes la de generar por sí mismo bienestar y que ésta le corresponde al Estado, asociando la ejecución de políticas sociales a organizaciones de la sociedad civil y necesariamente a las comunidades pobres o sectores populares.

Trabajo Social tiene en este sentido un importante rol que cumplir no solo porque se trata de crear también un nuevo Trabajo Social, sino porque éste debe estar dotado de una adecuada capacidad para articularse a la superación de los obstáculos que impiden el logro de la satisfacción de las necesidades básicas. Esto involucra el fortalecimiento de los niveles participativos así como proponer al desarrollo de políticas de concertación y descentralización para el logro de mayores niveles de eficacia y eficiencia, traducidos en la capacidad de toma de decisiones lo que involucra la construcción de canales organizativos expresados en una relación más dinámica entre la sociedad civil y el estado.

Lo anterior implica asumir conscientemente un rol profesional que en consenso con otros profesionales asuma la responsabilidad de contribuir a la reforma del Estado como forma de superar la pobreza y avanzar en la concepción de un crecimiento económico que posea como soporte la equidad social.

La incertidumbre en el entorno

Aceptar esta propuesta en circunstancias que la crisis de los paradigmas ha puesto en evidencia los silencio y vacíos de las grandes corrientes del pensamiento, no es una tarea fácil ni fácilmente aceptada por las ciencias sociales, cuyos recursos y esfuerzos han estado orientados básicamente hacia los diagnósticos sociales, la crítica a las estructuras sociales y los modelos de desarrollo, pero han carecido de la suficiente plasticidad para encarar los multifacéticos aspectos de los problemas del desarrollo. El escenario se nos torna complejo porque hoy vivimos sin supuestos deterministas y fuertemente impregnados de incertidumbre. Morín habla de que la incertidumbre se ha apoderado de la historia (Morín, 1991); por su parte Ilya Prigogine funda la ciencia de la inestabilidad y reclama la necesidad de internarse en la complejidad con nuevas herramientas. Ve la inestabilidad como situación normal a partir de la cual, y no de supuestos equilibrios, es necesario reflexionar y operar. Las opciones son definidas por los propios hombres (Prigogine, 1988). En esta misma línea de reflexión Kilsberg define el futuro como "finales abiertos, dominados por la incertidumbre. Del error o acierto de las políticas nacionales, de la búsqueda de nuevas formas de cooperación, dependerá el perfil final del siglo XXI. Uno de los actores centrales será el Estado. ¿Qué tipo de Estado se requiere frente a la agenda de problemas?.

b) Los requerimientos formativos

Debemos tener presente que en este escenario probable las características formativas deberán adecuarse no sólo a un plausible perfil profesional sino -y sobre todo- a las desafiantes perspectivas de finales de la década y comienzos del siglo XXI. En este sentido puede asumirse que se deberán enfrentar la necesidad de mejoras substantivas en la productividad de las políticas y programas sociales especialmente en el campo de la descentralización; esto demandará propuestas formativas basadas en un tipo o estilo de actuación de corte gerencial adaptativo, abierto y flexible a los requerimientos de los modelos de gestión descentralizados. Fortalecer la capacidad del estudiante para proponer, en su desarrollo profesional, el establecimiento de redes de asociación que fortalezcan la capacidad de autonomía y de regionalización son algunas de las potencialidades a desarrollarse especialmente cuando la perspectiva está puesta en la definición de políticas sociales en coordinación con gobiernos municipales, organismos de desarrollo regionales y con organizaciones representativas de los sectores populares. Evaluar, finalmente, con rigurosidad los procesos puestos en práctica implica tomar en cuenta la naturaleza de los actores sociales centrales de los programas así como de las realidades de los procesos y actividades, de tal forma de poder redefinir las políticas sociales implementadas y de optimizar la capacidad de gestión desplegada.

Es claro que la formación profesional deberá asumir y encarar los desafíos de la planeación estratégica, esquemas de negociación, identificación y manejo de escenarios múltiples, así como el uso de mecanismos que contribuyen a fortalecer la capacidad negociadora y de concertación con las organizaciones sociales de base, gremios y asociaciones diversas. Esto implica desarrollar conductas profesionales que den cuenta de enfoques múltiples y de alternativas variadas frente a problemáticas sociales, que por lo común son complejas y requieren de enfoques multidisciplinarios. En este mismo sentido, se plantea que el Trabajador Social deberá capacitarse para tener la habilidad para operar redes inter-organizacionales y, por lo mismo, una percepción de todo el escenario como una "meta-

organización" en cuya dinámica es posible encontrar puntos de interés comunes, transando, convergiendo y/o enrubando y potenciando coincidencias.

Toffler (1990) señala que la educación ha pasado a ser una preocupación para "los sectores avanzados del mundo empresarial, puesto que sus líderes reconocen cada vez la relación entre educación y competitividad mundial". Las nuevas exigencias, muy vinculadas también a lo social, tornarán muy difíciles el acceso a fuentes de trabajo sino se posee un mínimo de competencia técnica. Esto no se obtendrá mediante el aprendizaje de datos fácticos que serán demasiados y de fácil acceso (el correo electrónico, modem, bancos de datos especializados, etc.) sino mediante la adquisición de base metodológicas que le enseñen al profesional a orientarse en el mar de información que le estará disponible. Se trata, en esencia, de saber hacer las cosas bien desde el principio.

Aplicar los nuevos conocimientos a lo social como la estadística fractal al estudio de la economía y de la ciencia política son retos que ya comenzaron y se desarrollan a una velocidad no pensada. Gotean vincula el sistema educativo a los medios de comunicación que crecerán en calidad y se convertirán en vehículos a un saber desorganizado y sin coherencia, que no podría reemplazar el sistema educacional. "En el nuevo universo de relaciones que se producirá éstas serán numerosas, de pertenencia múltiple, de sociabilidad ecléctica, de compromisos parciales y revocables. Comenzará a operar una nueva coherencia social que hará que la autonomía individual no se contraponga a las relaciones con los demás. El individuo tendrá creciente consciencia de no ser dato definitivo y cerrado en sí mismo. Sus relaciones de dominación con la naturaleza pasarán a ser de simbiosis. La ecología le enseñará a pensar en términos de complejidad, de coherencia y de globalidad" (Gaudin, 1990).

Si bien los planteos de Gaudín se basan en un análisis prospectivo de la educación, en Trabajo Social también debemos aprender a planear prospectivamente los nuevos recursos humanos; la insistencia de la forja de un nuevo trabajador social es lograr un tipo de formación que lo aproxime más a aspectos instrumentales y metodológicos en un marco de responsabilidad y eficacia. El eje formativo estará constituido por el aprendizaje organizado, sistemático y objetivos capaces de transformar la información en conocimiento y con posibilidades de ser utilizados este como herramienta del cambio individual y social.

Drucker, uno de los más conocidos impulsores de la gestión empresarial, enfatiza en la afirmación de que el tipo de educación que se necesitará en el futuro no sólo deberá tener habilidad pragmática sino que deberá "centrarse en la transmisión de responsabilidad social que demanda ética, valores y moralidad" (CEPAL, 1992). Colocado en el plano del trabajo concreto, el Trabajo Social asume el compromiso con la equidad social, el ejercicio de la ciudadanía, la democracia y el fortalecimiento de la solidaridad en el seno de una sociedad compleja y heterogénea. Trabajo Social, en la mentalidad de Varsasky, asume también el reto de redefinir su rol frente a la producción. La propuesta consiste, por lo mismo, en concebir, diseñar y desarrollar no la profesión sino la educación en su conjunto en función de las exigencias contemporáneas de la producción y el trabajo sin reducir la esfera formativa de la sociedad a contenidos puramente instrumentales sino incorporar, con mayor énfasis, el desarrollo de una eficiente interacción entre el desarrollo científico, los avances tecnológicos y su aplicación a la esfera de lo social y la influencia de éste en lo productivo¹. El conocimiento que adopte el Trabajo Social

¹.De acuerdo a la CEPAL el concepto de eficiencia se entiende "como un criterio básico
www.ts.ucr.ac.cr

acerca de la aplicación de la tecnología y de la ciencia a problemas sociales agudos, alimentación, etc., tiene un importante rol en tanto vincula el ejercicio de la ciudadanía con el acceso a bienes y servicios, en un contexto de integración y de participación.

Es también necesario, en este aspecto, que el propio contexto universitario participe en la definición de una alternativa de formación profesional. Esta deberá optar por soluciones que incidan en el equilibrio de satisfacer las justas aspiraciones de los estudiantes y sus familiar y las demandas del mercado evitando las frustraciones y el pesimismo. La universidad y en lo particular las escuelas de trabajo social deberán abocarse a crear lo nuevo y ello significa el mejoramiento continuo de lo que hace, aplicando innovaciones a partir de sus éxitos previos y el aprendizaje mismo de como enfrentar los retos de los nuevos escenarios. Se trata de orientar la formación en la dirección correcta y el logro de una personalidad profesional claramente consciente de su rol en las políticas y programas de bienestar social. El Trabajador Social al cual aspiramos posee características personales como el carácter emprendedor, manejo de idiomas, confianza en si mismo, iniciativa, capacidad de liderazgo, presencia de escalas de valores y actitudes vinculadas a determinadas capacidades intelectuales, flexibilidad y creatividad, en suma, los requerimientos para poder tener una mayor base de competitividad y eficiencia que son fundamentos necesarios a una mayor capacidad para la gestión y el fortalecimiento específico de la especialización. La gestión involucra desde una visión estratégica hasta la asunción del riesgo asistemático y desde el dominio de la técnica hasta el liderazgo de equipos de trabajo interdisciplinarios e interorganizacionales (Ares y Severi, 1994).

Esta nueva forma de concebir la formación profesional debe completarse con una necesaria actitud de flexibilidad teórica frente a las proposiciones explicativas. Asumir que las matrices teóricas pueden -y de hecho tienen- anomalías, vacíos y limitaciones. Frente a esta constatación, que juega a romper las ortodoxias, las posibilidades se pueden establecer en torno a la necesidad de superar los silencios o definiciones que muestran las matrices teóricas, la revisión de los planteamientos centrales de la teoría que se sostiene, buscando enriquecer la teoría con otras proposiciones. Comprender que la filiación a una determinada matriz teórica no obliga a renunciar de otras proposiciones sino, por lo contrario, a recoger sus aportes siempre y cuando serán controlables. En este mismo sentido, la necesidad de reconocer los aportes de aquellas proposiciones fue se alejan definitivamente de las grandes matrices teóricas (marxismo, funcionalismo) y postula una propuesta propia, en la que se recogen aportes de los precedentes, etc.

Lo que deseamos enfatizar es que debemos aprender a reconocer y valorar nuestra capacidad crítica para demostrar y asumir que las grandes o medianas matrices teóricas poseen vacíos, anomalías y que es necesario, además, renunciar a conductas ortodoxas que limitan, en el caso del Trabajo Social, una mejor comprensión del objeto de su formación profesional. El esfuerzo esta puesto, entonces, en la urgente y necesaria redefinición de trabajo social.

c) Las exigencias de la intervención profesional

estrechamente vinculado al de equidad, para la formulación de políticas a fin de alcanzar objetivos estratégicos bien definidos: la participación de toda la población en las prerrogativas de la moderna ciudadanía y su aporte para elevar fa competitividad global de la sociedad" (CEPAL, 1992).

Nuestro punto de vista parte del principio que el trabajo Social debe plantearse como meta el fortalecimiento y la capacidad de autonomía del tejido social; ello implica dar cuenta de procesos adecuados de sistematización, transferencia de conocimientos y recursos; institucionalización de experiencias, replicabilidad de las mismas y, por lo mismo, el abandono de prácticas paternalistas y manipulatorias. Todo esto supone buenos niveles de participación social así como la descentralización y la concertación continua de la sociedad civil.

Lo anterior se expresa en la definición de su objeto de intervención profesional. Este se constituye, a nivel global, en el marco de la producción y reproducción de la sociedad y en lo específico en el contexto de las prácticas reproducidas cotidianamente. La cotidianeidad entendida como la traducción de los procesos más totales que suceden en la sociedad "cuando éstos se expresan en las circunstancias específicas de cada situación singular; lo cotidiano como experiencia singular que cada sujeto tiene de los procesos generales" (Palma, 1993). Este proceso de análisis de la cotidianidad no es simplemente el identificar lo que sucede todos los días; en verdad está preñado de una complejidad que refleja una multiplicidad de relaciones posibles que pueden tener un objeto, una acción, una situación y la multidimensionalidad esas relaciones. En este sentido es que la intervención profesional debe asumir una conducta que se exprese en el reconocimiento al hombre como totalidad.

Lo anterior nos mueve en el sentido de buscar respuestas de intervención profesional que logren articular nuevas proposiciones o fortalecer aquellas que están en curso de desarrollo o germinales y que, en todo caso, parten de una necesidad imperiosa de visualizar alternativas de intervención profesional que implique el desarrollar constantemente un "acercamiento creativo con la realidad para no ser absorbidos por la ideología, la burocracia y la institucionalización" (Conversa, 1994).

En este sentido la planificación y las políticas sociales-instrumentos y ámbito de acción del Trabajo Social- no puede ser concebidos sin un necesario cambio de actitud profesional puesto que la definición que se asuma de ellas se constituyen en el componente estratégico de la política de desarrollo; asumir el cambio implica, además de las tareas propias de las políticas sociales, la comprensión de una participación multidisciplinaria, multidimensional e interinstitucional, esto en la medida en que la solución a las problemáticas que significa el desarrollo humano no es ni puede ser puramente "social". Involucra, además, cuestiones de tecnología, economía, ambientales y de recursos diversos. Esto es, enfoques que propicien diversos análisis que permitan la identificación de interrelaciones e intervenciones múltiples.

Nuestra contribución puede desprenderse de la asunción de algunos acuerdos básicos que nos permitan reforzar nuestra propuesta en relación al vínculo sociedad civil-Estado. Esta, empero, debe estar conceptualizada en términos de establecer vínculos adecuados entre la búsqueda de una respuesta de mayor nivel de pragmatismo que nos permita el acceso a la elaboración y ejecución de propuestas orientadas hacia la superación de la pobreza pero que no signifiquen -sin embargo- un entrapamiento con el neopositivismo. Los enfoques sistemáticos -en este sentido- deben ser considerados en directa relación con lo que ha denominado "la ingeniería social", que es lo que incluye los conceptos de eficiencia y eficacia, así como la posibilidad de responder a los retos de los problemas cotidianos como a nivel de sus implicancias a más largo plazo.

Todo ello implica desafíos a nivel conceptual y metodológicos no siempre fáciles de alcanzar, pero

necesarios para una adecuada gestión de las políticas sociales, el ámbito de acción preferencial de los trabajadores sociales.

Todo lo anterior converge en el requerimiento de evitar análisis y propuestas fragmentarias lo que involucra una dotación de recursos de interacción social incidan -insistimos- en la participación de los agentes sociales, de las comunidades y sus potencialidades; de la participación multidisciplinaria y el manejo de técnicas cuantitativas y cualitativas, dominio de las nuevas tecnologías de la informática y una clara orientación en el marco de la gestión social. Así cuando se plantea que el trabajador social debe ser no solo un ejecutor de políticas sociales sino también un diseñador y gestor de ellas, lo que se propone es un profesional con capacidad de gerenciar recursos y potencialidades, sobre todo si el contexto va estar definido por una cada vez mayor incidencia de las políticas de privatización, de retracción del gasto social y de reducción de la participación del Estado de los mecanismos de la regularización de la economía.

La propuesta es entonces formar y capacitar trabajadores sociales en la perspectiva de intervenir en el ámbito de las políticas sociales con una significativa capacidad de convocatoria, pragmatismo ideológico y habilidad gerencial a lo que debemos agregar capacidad de estimular las potencialidades organizativas de los sectores más vulnerables de la población, así como una apertura de innovación para responder a los desafíos de las incertidumbres que representan los nuevos escenarios.